

RECORDANDO A ROSALIND FRANKLIN

25 abril, 2016

El feminismo será necesario hasta que la igualdad pueda ocupar su lugar.

Amelia Valcárcel



El 25 de abril de 1953 la prestigiosa revista británica *Nature* publicaba el célebre artículo titulado *Una estructura para el ácido desoxirribonucleico*, firmado por James Watson y Francis Crick. Aunque sólo ocupaba una página, revolucionó el mundo de la ciencia de aquellos años porque describía la molécula que almacena y transmite la información hereditaria en todos los organismos vivos, desde las bacterias a los seres humanos.

A partir de esa fecha, los autores del trabajo alcanzaron gran popularidad y reconocimiento por parte de la comunidad científica. Tan es así que unos años más tarde, en 1962, fueron

recompensados con el más valioso de los galardones, el Premio Nobel de Medicina y Fisiología. No obstante, pese a tan destacado éxito, el brillo del triunfo escondía una lamentable intrahistoria de engaños, enemistades, ambición, afán de protagonismo, y sobre todo, una apreciable dosis de misoginia y machismo.

En el artículo del 25 de abril no se reconoce que en este hecho singular jugó un papel decisivo **Rosalind Franklin**, notable científica cuya contribución permaneció injustamente en la sombra durante más de veinte años. Gracias a los esfuerzos de diversas historiadoras e historiadores de la ciencia hoy las cosas han cambiado, ahora la mayor parte de profesores y alumnos de bachillerato y universitarios, al igual que el público curioso en general, saben de la participación de esta estudiosa en uno de los avances más trascendentales de la ciencia del siglo XX. Pero la pregunta flota en el aire: ¿qué pasó para que se tardara tanto tiempo en reconocer el papel de Franklin?

Para despejar algunas de las sombras que enturbiaron aquellos acontecimientos, es imprescindible citar el célebre libro de James Watson *La doble hélice* que relata el gran descubrimiento. Como no podía ser menos, Rosalind Franklin está incluida, pero lo sorprendente es que se la describe de manera injusta y hasta cruel. Aparece representada como un personaje que no coincide en absoluto con la extraordinaria trabajadora científica que fue. Se realiza una descripción estereotipada de una mujer grotesca, poco atractiva, rígida, agresiva, altiva, inflexible, nada femenina y algo «marisabidilla».

En ningún momento de esta obra se hace justicia a las valiosas aportaciones de Franklin. Watson simplemente pretende resaltar dónde, según él, deben estar las mujeres con respecto a la ciencia: fuera de ella. El autor evidenció que su fama de arrogante y misógino no era injustificada.

Recordemos que en 1950, cuando los estudiosos comprendieron que averiguar la arquitectura del ADN resultaba primordial para la biología del momento, Rosalind Franklin era una joven y brillante físico-química, graduada y doctorada en Cambridge, que acababa de pasar tres años en Francia aprendiendo una compleja especialidad: el uso de la cristalografía de rayos X para determinar la

estructura tridimensional de macromoléculas biológicas. Su excelente formación la colocaba entonces en una inmejorable posición para enfrentarse al ADN.

Franklin se incorporó King's College de Londres formando parte de un proyecto de investigación para elucidar la molécula. Pronto logró obtener una foto clave, posteriormente considerada entre las más trascendentes conseguidas hasta la fecha, que reflejaba la estructura helicoidal de la molécula. Esta foto, a través de un compañero de laboratorio, Maurice Wilkins, llegó a manos de James Watson y Francis Crick, que lograron así completar su investigación y publicar el célebre y premiado modelo de doble hélice.

Tras la muerte de Franklin en 1958, su trabajo quedó, como sabemos, menospreciado y arrinconado durante largo tiempo. Cuando tuvo lugar la concesión del premio Nobel, los tres ganadores, Watson, Crick y Wilkins pronunciaron sendas conferencias, como es de rigor, pero no mencionaron a Rosalind Franklin. La opinión hoy dominante es que si Rosalind Franklin hubiese vivido probablemente podría haber compartido el premio Nobel por uno de los descubrimientos científicos más grandes del siglo XX.

Afortunadamente, a partir de la década de 1970 empezó a ver la luz un creciente número de publicaciones, hoy englobadas bajo el nombre de *Estudios con perspectiva de género*, que pusieron de manifiesto el claro sesgo androcéntrico presente en el discurso científico. Es precisamente en esta línea donde nos es tan grato recordar a la figura de Rosalind Franklin, y asimismo agradecer los innumerables esfuerzos realizados por quienes lucharon por sacarla a la luz.

Sobre la autora

[Carolina Martínez Pulido](#) es Doctora en Biología y ha sido Profesora Titular del Departamento de Biología Vegetal de la ULL. Su actividad prioritaria es la divulgación científica y ha escrito varios libros sobre mujer y ciencia.

<http://mujeresconciencia.com/2016/04/25/5734/>